



CAPÍTULO V

Continuación: las viviendas, las familias: ascendiente de la mujer navarra.— Un chocolate en Roncesvalles: sobriedad canonical.—Usos y costumbres del tiempo viejo: la propiedad comunal; la hospitalidad; los derechos de vecindad; el matrimonio civil; la exogamia; el concubinato; mezcla de cristianismo y paganismo, de humanidad y salvaje; noción bárbara de la potestad paterna y señorial. Crueldad de las antiguas leyes penales. La exposición de los cadáveres de los deudores; prácticas funerales; entierros, convites, monumentos sepulcrales.

HAGAMOS ahora una rápida excursión visitando al labrador navarro en su propio solar: á bien que el trasladarnos mentalmente de la montaña á la cuenca de Pamplona, y de aquí á la Ribera sin tener que pagar transportes, sin la molestia de los equipajes y con rapidez mil veces mayor que la de los ferrocarriles, sólo de nuestra voluntad depende.—Los pequeños propietarios de la montaña residen en sus tierras y las cultivan por sí mismos. Sus casas son de una construcción muy sencilla: fábrica de mampostería ó piedra irregular, con dos pisos, cubierta ya de teja, ya de lastras de pizarra ó cuarzo, ya tam-

bién de tablas y cal, á dos faldones de gran vertiente, con su solana al mediodía, su puerta en arco de enormes dovelas, su balcón encima, y al costado una escalera que conduce al piso principal para tener siempre el acceso al interior durante las nevadas, siempre copiosas en aquella región. Dentro de la casa, la pieza de más importancia es á la vez cocina, comedor, sala de reunión de la familia y aun de recibo de los forasteros. En todos los caseríos (advierde el Sr. Mañé y Flaquer) existe una abertura, especie de ventana, que pone en comunicación el comedor con el establo. El labrador cuida de sus animales como si fueran individuos de su propia familia, porque son sus compañeros de fatigas, y del cuidado que en ellos emplee depende muchas veces su bienestar ó su ruina. Siendo así, no debe sorprendernos que si asoma por esa ventana la cabeza de alguno de aquellos animales domésticos, en vez de llevarlo á mal la familia, sea el intruso recibido con caricias y obsequiado con algún pedazo de pan (1).—En Navarra no abundan los caseríos aislados como en Guipúzcoa, Álava y Vizcaya; sólo hay algunos en determinadas zonas y están exclusivamente habitados por los inquilinos y arrendatarios de las tierras anejas á la *borda*. La *borda* ó *choza* es la habitación ordinaria del labriego y del pastor: los pequeños propietarios viven en pueblos que son meras agrupaciones de caseríos de las condiciones ya señaladas; pero algunos hay que en pueblecillos muy insignificantes tienen casas de piedra labrada de aspecto señorial, con grandes escudos de armas sobre la puerta ó en alguna de las esquinas (2). Apenas existen jornaleros en la montaña: la mayor

(1) Esta oportuna observación del Sr. Mañé y Flaquer nos trae á la memoria otra que acerca de las caballerizas de las casas próximas al Pirineo hace nuestro querido y venerado amigo el Excelentísimo é Ilustrísimo Sr. D. José Oliver, obispo de Pamplona, en su precioso folleto titulado *Loyola y Javier*. «En esos pueblos (dice) donde el ganado caballar es la principal riqueza de sus habitantes, la caballeriza es una pieza de la casa, la más abrigada y limpia, tanto como pueda estarlo la mejor de nuestros opulentos banqueros..... tal es el cuidado que estas gentes sencillas tienen de sus animales.....»

(2) Las casas solariegas donde los nobles ponían los escudos de sus armas, se llamaban *palacios de cabo de armería*. Ya hablaremos de ellos oportunamente.

parte de los labradores son arrendatarios ó pequeños propietarios que se auxilian mutuamente en las faenas del campo, y que cuando resulta alguna diferencia de jornales en los servicios que mutuamente se han prestado, la saldan á razón de una peseta diaria y la comida.—En la zona media de la provincia, también los labradores suelen ser arrendatarios y dueños de pequeñas fincas, y en los días ó épocas del año en que no labran su propiedad ó las tierras arrendadas, trabajan á jornal, generalmente por cuenta del dueño de la tierra que llevan en arriendo, ó por la de otros vecinos que las tienen de mayor extensión que ellos. Su jornal varía: el que llaman jornal *seco* fluctúa entre 7 y 12 reales y tres cuartillos de vino; otras veces se ajustan comprendiendo la comida, y ganan de 4 á 6 reales.—Sólo en la Ribera hay verdaderos jornaleros. El valor de sus jornales, según la estación y las circunstancias, ni baja de 5 ni sube de 20 reales.—La comida del jornalero de la montaña es: aguardiente por la mañana, potaje á las 7, un pedazo de pan á las 10, un caldo y berzas con tocino á las 12, otro pedazo de pan á las 4 de la tarde, y una sopa ó verdura á la noche, con dos pintas de vino.—En la Ribera hay que dar al jornalero guisado de carne, huevos, verduras frescas, etc., además del vino á discreción, y son tantas hoy las exigencias de los trabajadores respecto á la comida, que se va generalizando la costumbre de tomarlos á jornal seco. En cambio, si el jornalero de la Ribera es exigente, trabaja con tal empuje, que el mejor jornalero catalán no sería capaz de mantener por dos horas la enorme azada que éste maneja durante ocho ó diez. Los hombres de esta zona meridional son fornidos y robustos, de musculatura hercúlea y de carácter duro, aunque en el fondo bondadoso (dice Navarro Villoslada) (1), se comen casi todo lo que ganan (2), y su ali-

(1) V. el último de sus notables artículos sobre LA MUJER DE NAVARRA, *Revista Euskara*, t. IV, p. 319.

(2) Se refiere al jornalero que come por su cuenta, se entiende; no cuando se le ajusta con la comida.

mento en pocas partes será mejor. El pan es blanco y de sustancia, el vino fuerte y abundante, y ambos artículos forman la base principal de sus comidas: el pimiento y la carne constituyen el resto. Sólo cuando el jornal es corto ó falta por completo, lo que sucede raras veces, llevan del campo patatas y legumbres. Con tales alimentos, los mozos sobrellevan alegres el trabajo, por duro y penoso que sea; tras un día de cava ó de arado en tierra arcillosa ó de mucha miga, viene una noche de ronda, de guitarra y galanteo. Pero este hombre se acaba pronto: aquella robustez, aquel brío para el trabajo, sostenidos por el pimiento y la guindilla y el vino cargado de color y alcohol, duran poco tiempo: el que sólo vive de la azada, á los cuarenta años es ya viejo, y si no muda de régimen, luégo bajará al sepulcro, no sin haber pasado por el hospital á pesar del horror que siempre le ha tenido. Si es casado, la mujer es su ángel tutelar: ella le atrae al hogar, le cercena las horas de la taberna, le hace saborear el puchero de casa, vivir con orden y arreglo y llegar á edad avanzada.

De la costumbre de los mozos de rondar de noche cantando y tocando la guitarra para galantear á las mozas, siendo ellos como son ardientes y belicosos, sobrevienen pependencias de las que con harta frecuencia resultan heridos ó muertos. «Si alguna cosa puede darnos hoy idea de las escenas, ya casi inverosímiles, de nuestro antiguo teatro, es la manera de ser de los mozos de manta de la Ribera de Navarra. Con la misma facilidad con que aquellos caballeros desnudaban la espada, sacan éstos á relucir la navaja, que puede competir con el hidalgo acero en dimensiones. Las mozas de cántaro que se asoman á la ventana, ó entreabren á hurtadillas la puerta de la calle, hacen el papel de las tapadas, y las relaciones, silogismos y discreteos calderonianos, sin variar de metro, se han convertido en cantares. Porque es de advertir que en pocos pueblos hay mayor facilidad que en Navarra para la poesía de romance y redondillas...» «... Lo que en la Ribera son músicas

y rondas, trabucazos y navajadas, en la Montaña son leyendas, contadas en las veladas del hogar. Los que viven en Madrid y en pueblos meridionales, no pueden tener idea de lo que es el hogar en una casa de los Pirineos. El hogar es toda la cocina, embaldosada de grandes piedras de granito. La chimenea todo el techo, que, en forma de embudo y sin aleros, se apoya en las cuatro paredes del aposento y deja escapar el humo por el tubo circular del centro. Debajo de él arden troncos enteros de robles y carrascos; y gavillas de ramaje á las cuales las cabras han despojado de la hojarasca, entretienen la llama que sube á la chimenea con los giros y proporciones de una hoguera.—Al rededor de la lumbre, y apoyados en las cuatro paredes de la cocina, grandes bancos de nogal que permanecen allí inmóviles siglos enteros, dan asiento á los hombres que vienen del campo transidos y empapados de agua ó de nieve; y en torno de un candelabro de madera, tamaño como el hachero de una catedral, y en donde arden oblicuamente las teas, siéntanse en bajos trípodes las mujeres, cuyas trenzas recuerdan las de las antiguas vasconas, con sendas ruecas de lana que hilan á porfía, y renuevan, cuando es preciso, las teas que inundan aquel ámbito de humo y olor de resina. Á la luz semifantástica del candelabro y del hogar, descúbrese la noble y honrada fisonomía del vascón montañés, y el rostro dulce y sonrosado de la montañesa, de finas facciones y brillantes ojos. Preside á la reunión el *echeco jauna*, cuyo mastín favorito yace como enroscado á sus piés. Miradlo: es el mismo montañés que nos dió á conocer la canción de Roldán en Roncesvalles. El perro que duerme á su lado es aquel que hacía resonar con sus ladridos las rocas de Altabizcar (1). Ese anciano de blancas

(1) Cuando el Sr. N. Villoslada escribió los preciosos artículos de donde sacamos este breve cuadro de la vida del montañés navarro, aún no se había averiguado que el célebre canto de Altabiscar (*Altabiskarco cantuá*), tan encomiado hasta hace pocos años, es una composición moderna escrita en París en 1834 por el literato bayonés M. Garay de Monglave, inspirada por un zorzico de ocho versos que contienen la numeración vascuence, y que entonaban á coro por diversión

guedejas vive en completa familiaridad con sus pastores y criados, pero respetado y querido de todos ellos. La *echeo-andria*, el ama, la dueña—que con todos estos nombres es conocida en Navarra,—con la rueca al cinto, no se distingue de las otras mujeres sino como una semi-diosa de las simples mortales, como una reina entre sus damas. «... Pero el navarro siempre ha de ser navarro, por muy arrimado que viva á las crestas de los Pirineos: y la montañesa, por muchos quesos que forme y mucha leche que beba, no dejará de incitar á su marido á otras ocupaciones más lucrativas, aunque más arriesgadas, que las agrícolas y pastoriles. Veréislos, pues, á marido y mujer darse al contrabando, haciendo prodigios de habilidad para trepar como gatos monteses por las rocas, ó deslizarse como una avalancha hacia el abismo, cargados con los enormes fardos que sacan de la frontera. Si el uno lleva los bultos, la otra el fusil. La montañesa de finas facciones y graciosa mirada, sabe manejarlo tan bien como su padre, su hermano ó su marido (1).»

Parece imposible: nadie creería capaz de tal arrojo á la hermosa y dulce navarra de la Montaña, en cuya fisonomía sólo se advierten rasgos y lineamentos de nobleza y distinción. ¿Habrá exageración en esto que de su tipo físico consignamos? No abrigaría el lector semejante sospecha si, atravesando por la carretera de Aoiz el pueblo de Burguete en dirección á Roncesvalles, como lo verificamos nosotros hace unos veinte años, hubiera visto á la puerta de la única posada del pueblo, á las tres hijas del posadero que, blancas, rubias y de delicadas facciones, dignas de una tabla del Vinci ó del Giorgione, se nos aparecieron

varios estudiantes vascongados de Derecho y Medicina. Hoy ya va siendo conocida esta historia de la inocente superchería literaria que ha seducido á tantos insignes literatos de aquende y de allende el Pirineo; y para que nuestros lectores la sepan por completo, les diremos que quien tradujo al vascuence la composición de Garay de Monglave fué M. Louis Duhalde d'Espelette, estudiante vasco-francés que se ocupaba en París en dar repases á los jóvenes que se preparaban para entrar en la Escuela politécnica.

(1) NAVARRO VILLOSLADA, en su citada monografía, p. 329 y siguientes.

como tres princesas encantadas de una leyenda del ciclo carlovingio, ó como las tres hermosas mujeres del cuento del *mirlo blanco* (1), que incitaron á jugar á los naipes á los dos hijos mayores del rey ciego, para hacerles perder su hacienda y su libertad.

La mujer del pueblo en la Ribera suele ser menos bella, pero bajo la ruda corteza de su recia complexión y de su genio desabrido y altanero que la hace capaz de encajar una fresca al lucero del alba—como dice Navarro Villoslada—se abriga un alma generosa susceptible de los más heroicos sacrificios. «En el alma de esa mujer hay no sé qué energía (añade este distinguido escritor filósofo), no sé qué grandeza y perseverancia, no sé qué vigor, no sé qué hermosas cualidades, que si se replegan al principio sobre sí mismas, por no estrellarse en el alma indomable y fuerte del marido en plena juventud, luego que éste declina, reaparecen y tornan á la lucha, hasta que triunfa con ellas la mujer navarra.» Y es de advertir que este triunfo lo obtienen cuando sus gracias juveniles se han marchitado bajo la dura garra del infortunio, que casi siempre suele hacer presa en ellas: porque si la mujer de la Ribera se casa por amor, después de casada, todo es para ella padecer y sufrir. Su marido, en efecto, trabaja como un negro, pero se come, y sobre todo se bebe, cuanto gana; y la pobre mujer que llevó al matrimonio una cama completa y un baúl repleto para estrenar algo por Pascuas y ponerse maja los domingos, acaba remendando sus antiguas galas, afanándose y echando el quilo para vestir á sus hijos, y aunque se casó fresca como una rosa y limpia como la plata, al año de matrimonio ya se la ve sucia, vieja, desgredada y llena de remiendos... y sin embargo dotada de irre-

(1) Este cuento de hadas del *mirlo blanco* figura en la colección del Reverendo Wentworth Webster titulada *Basque legends*, como popular en el país vasco-francés. Señala el erudito colector su grande analogía con otros cuentos de supuesto origen céltico, de los que recogió Campbell para su libro *Tales of the West Highlands*, y deja sin resolver el punto crítico de si los vascos tomaron estos cuentos de los celtas, ó los celtas los tomaron de los vascos.